

## “POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU”<sup>71</sup>

El hermoso, el trascendental lema de la Universidad, quiso anticiparse —tal parece— al futuro, preverlo, intuirlo, adivinarlo.

Así es como se explica ese vocablo, que deja a tras al presente: “HABLARA”.

Esto es, el Espíritu todavía no ha hablado. Tiene que hacerlo más adelante. A su tiempo, cuando llegue la hora hablará.

Tendrá que hacerlo antes, para decir nuevas verdades, o para insistir vigorosamente en aquellas que los hombres hayan olvidado.

Esos tiempos están ya sobre nosotros.

Millares y aun millones de hombre, dando la espalda al Espíritu, se han convertido en conscientes o inconscientes servidores de la Materia.

Empezamos ya a vivir aquellos tiempos que Renán presagiaba cuando, al iniciarse hace más de un siglo el derrumbe de las creencias, se estremecía de espanto, al prever la catástrofe que a la humanidad esperaba, tan pronto como aun el eco de esas verdades salvadoras se hubiese desvanecido en las almas.

“Sin percatarnos de ello, a esas fórmulas rechazadas debemos a menudo los restos de nuestra virtud. Vivimos de una sombra, del perfume de un vaso vacío. Después de nosotros, se vivirá de la sombra de una sombra; y temo, por momentos, que ello resulte demasiado leve...”

Y como la época angustiosamente prevista por Renán, el libre pensador, ha empezado ya a gestarse, el espíritu tendrá que hacer razonar a cada momento, en nuestros oídos esas proféticas palabras.

Vivimos tiempos de desolación y de inmisericordia. Todos cultivan el egoísmo y el placer. La fuerza y el oro son los amos del mundo. La fraternidad sólo existe en los diccionarios, en libros que se arrumban en el fondo de las bibliotecas. El evangelio del amor es visto como cosa del

71 *El Universal*, 30 de agosto de 1944.

pasado. La única teoría que muchos aceptan es la que explica la historia por la lucha de clases y por el materialismo, no encubierto sino ruidosamente proclamado. Pensar en Dios es ser reaccionario. Profesar una religión es ser obscurantista. Los llamados hombres de ciencia se avergüenzan de Cristo, o se burlan de sus doctrinas... Aun el eco de las palabras de verdad se va extinguiendo en muchos corazones.

Tiempo es ya que el Espíritu hable por la Raza. En favor de la raza y a través de ella.

La Raza muestra la raza, está en peligro, puesto que se desploman los valores básicos. La familia se agrieta, el pudor y la castidad se desvanecen, las virtudes femeninas empiezan a marchitarse. La lealtad y el honor huyen de los hombres; la honradez es un mito; la virtud, un recuerdo del pasado. La cultura —¡oh! la cultura— se reduce al progreso de la técnica. De una técnica que en escala monstruosa practica el arte de destruir y de matar.

Vivíamos, hasta hace poco, del perfume de un vaso vacío. Ya ese perfume se ha desvanecido, se ha evaporado. Ya no queda ni los valores morales ni las reminiscencias, tampoco, de esos valores. De ello solamente subsisten desdeñadas cenizas.

Hoy la honestidad y la virtud se denigran, y la maldad, la ineptitud y a veces el cirismo, son ostentosamente premiados.

Es tiempo ya, por lo mismo, de que hable el Espíritu: el Espíritu que domina todas las bajezas, que combate las corrupciones, que reduce a polvo la falsedad y la impostura; el Espíritu a través del cual se hacen oír la voz de la razón y del derecho, el llamado imperioso de la justicia y de la fraternidad.

Después de la tragedia del odio, el espíritu de amor debe hacerse escuchar. Cuando los últimos ecos de la feroz contienda se apaguen, habrá de lucir el sol de la misericordia.

Y cuando las razas que se dicen superiores han perdido todo crédito por su afán de hegemonía y de dominación, deben emitir su mensaje las razas humildes, las razas por siglos postergadas, los que sólo han sabido de esclavitud y de amargura, de injustos desprecios y de innecesario dolor. Deben forjarse en el Nuevo Mundo patrias nuevas, que se hacen grandes por el espíritu y por la acción. Que sean nuevas por que corrijan los viejos errores por que curen lacras inveteradas, por que pongan fin a rancias querellas.

¿Y quiénes más indicadas para la palingenesia, para integral transformación, que las juventudes ansiosas de renovarse? Anhelan ellas infundir al

mundo una nueva savia, pujantes virtudes, grandiosos anhelos, ya que sólo han visto pérfidias claudicaciones, maldad, corrupción e intolerancia.

Para esa misión hay que prepararlas.

Urge aplastar el materialismo abyecto, el epicureísmo que afemina, el vergoroso culto a lo riqueza, que corrompe, y al éxito innecesario que envilece y degrada.

Y esto sólo puede conseguirlo una onda educación espiritual, que forje caracteres recios, voluntades incorruptibles y resoluciones indomables.

Deben surgir los maestros, los educadores que tengan fe en el hombre y en sus valores eternos, que sepan inculcar a la juventud confianza en sí misma y en su potencialidad, la cual ha de ser suficiente para conquistar un futuro de amor y de paz, de superación y de heroísmo.

Pero nada de todo esto habrá de lograrse, si en vez de que hable el espíritu de superación y de desprendimiento, sigue imponiéndose con sus brutales exigencias el tosco afán materialista, que al negar lo que al hombre hace valer, lo incita y lo empuja a conquistar por la fuerza la comodidad y la opulencia, los gozes de los sentidos y los torpes placeres de la animalidad.